



La poesía de Félix Suárez: El amor como una eucaristía

Juan Domingo Argüelles



ace exactamente tres lustros, en 1984, Félix Suárez (Ixtlahuaca, México, 1961) dio a conocer su libro inaugural, *La mordedura del caimán*, un breve volumen de poemas que, seis años después, reeditaría, expurgado, con esta inquietante observación: “pareciera que los cambios no se realizan sobre el poema mismo, sino sobre la persona que fuimos”.

Se refería el poeta a la no menos inquietante certeza de Paul Valéry según la cual el proceso de una obra implica una corrección sin fin que, acaso, solamente se interrumpe con la muerte. Y este *acaso* tiene que ver con otra inquietud: la obra que el autor no se atreva a corregir hasta las últimas consecuencias será corregida por el tiempo, y tal corrección puede llegar a ser tan drástica que, tal vez, la obra desaparezca. Como crítico literario, el tiempo ha demostrado ser despiadado y, con mucha frecuencia, irrefutable, recordándole a los hombres que toda tarea es perfectible y provisional.

Para dejar lo menos posible esa responsabilidad al tiempo, Félix Suárez ha venido construyendo su obra sobre los cimientos de la autocritica. Breve y ceñida, la poesía de Suárez es una apuesta contra el inclemente olvido y un ejercicio de síntesis y concentración que primeramente nos emociona y luego nos hace reflexionar.

Porque, además, la poesía de Félix Suárez, como poesía, no se basta con las palabras: él sabe que las palabras son el medio y no el fin, y no ignora que lo que debe transmitir con ellas son sentimientos y emociones para tender un puente de comunicación entre los seres humanos. Antonio Machado lo diría así: “la poesía es el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo [...] El poeta es un pescador, no de peces, sino de pescados vivos; entendámonos: de peces que pueden vivir después de pescados”.

Por ello, aunque rigurosa y precisa en su expresión, la poesía de Suárez habla un idioma accesible a los hombres y a las mujeres que tengan la capacidad de emocionarse y de llegar a la verdad poética a través de los sentidos.

Y esta es la clave primera del poeta: ser él mismo sin pre-

ocuparse de las modas y los estilos; ser él mismo aun contra la poderosa tentación de lo que Borges llamó el vano artificio. Juan de Mairena, ese *alter ego* de Antonio Machado, nos recuerda el modo en que amonestaba el gran Heráclito a sus discípulos en materia de claridad y comunicación: “si tu pensamiento no es naturalmente oscuro, ¿para qué lo enturbias? Y si lo es, no pienses que pueda clarificarse con retórica”.

Otro aspecto fundamental de la poética de Suárez, íntimamente relacionado con la transparencia del decir, tiene que ver con la pasión, con el amor entendido como una eucaristía, como un sacramento, como una acción de gracias de los cuerpos y el espíritu que, a través del poema, transforman el placer y la compañía de los seres amados en algo más que lenguaje.



Por milagro del poema, en la articulación de las palabras y en la combustión de los sentimientos, el cuerpo y el espíritu constituyen la materia del más hondo amor. La poesía lírica adquiere así su sentido más pleno, pues se cumple en lo que ha sido, por los siglos de los siglos, desde Salomón hasta Neruda, su realización esencial. El poema lírico, el poema amoroso baja a los abismos, asciende las cumbres del sentimiento humano y transforma amarguras y felicidades en parábolas de la existencia. Y, paradecirlo con Verlaine, todo lo demás es literatura.

En aquel su primer libro, *La mordedura del caimán*, Félix Suárez nos advertía sin piedad y nos hacía abrir los ojos ante esta dura verdad: “no somos nada;/ nos comba el frío y la enfermedad,/ nos marca el rayo./ Polvo y ceniza nos caen del cielo./ Y el amor, amor, en sordas treguas,/ nos va matando de veras.”

No somos nada porque el amor nos hace y nos deshace; nos eleva y nos deja caer; nos fortalece y nos derrumba y, al paso de los años, cuando creíamos que todo lo habíamos aprendido, he aquí que nada sabemos y todo lo tenemos que aprender.

Sólo la poesía nos salva del abismo de la nada que siempre nos atrae con su vértigo. Únicamente la poesía tiene el poder de devolvernos la gracia y el amor perdidos. Y la poesía, oiganlo bien –lo dijo Pero Grullo– no está hecha tan solo de palabras. En *Así hablaba Zaratustra* Nietzsche advierte esta convicción irrefutable: “de todo lo que se ha escrito, amo sólo aquello que el hombre ha escrito con su sangre”; porque si la poesía no está hecha con nuestro cuerpo y nuestra sangre y con la combustión de nuestros huesos –lo dijo López Velarde–, está condenada al simple juego de la culta ociosidad estéril. ¡Y cuánta noble esterilidad no hay actualmente en los ingenios! ¡Y cuántos ingenios se desperdician en la frivolidad de la falta de emociones o en el vacío de la elaboración de oscuridades para no decir nada, porque les asusta que los demás se enteren que son hombres, son débiles,

se duelen y padecen!

A diferencia de ellos, la poesía de Félix Suárez nombra la emoción; sabe decir y comunicar, y no renuncia a la capacidad de compartir con nosotros, sus lectores, lo que ha conseguido descubrir y apresar en su descenso al paraíso terrenal, en su inmersión a los infiernos abisales de la felicidad.

En su segundo libro, *Peleas* (publicado hace una década y con el cual obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven “Elías Nandino” 1988), Suárez concentra, en mayor medida, los elementos poéticos que ya se advertían en germen en *La mordedura del caimán*, y nos entrega el intenso discurso poético de la no-retórica: la intensidad de la sinceridad emotiva en una poesía desnuda de circunloquio artificial:

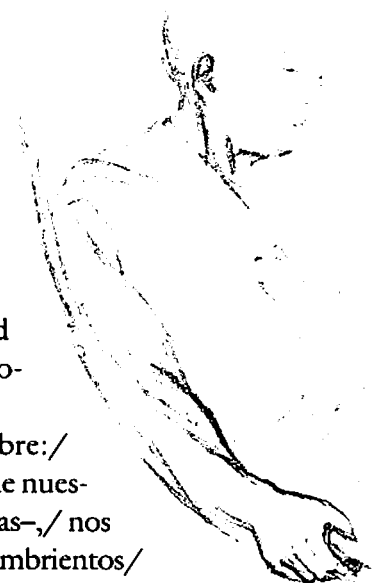
“Nos sostienen aquí, ardor y soledumbre:/
tenues leopardos que comieron gozosos/ de nuestra mano,/ y hoy en cambio/ –sinuosas fieras–,/ nos cazan como a dos liebres,/ o nos gruñen hambrientos/ bajo la piel”.

Nombrar la verdad en poesía es un riesgo que sólo los verdaderos poetas se atreven a correr. Los más buscan el subterfugio, la palabra velada, el acertijo, el juego intelectual que los llevará, felices y satisfechos, a una tumba de palabras no dichas, de sentimientos no expresados, y allá en su mausoleo yacerán sin siquiera el consuelo quevediano del “polvo enamorado”.

El poeta nombra las cosas y, al nombrarlas con la intensidad de la emoción, les da sobrevida incluso más allá de la página, es decir, de la memoria. En *Peleas*, Félix Suárez escribe: “Tizne y carbones quedan de la casa./ Ennegrecidos túmulos de tierra./ Mejor así, que andar ahogándose de hieles,/ batiéndose de quistes y vejigas./ Mejor así; quemarlo todo de una vez,/ quemar las naves y los remos./ Y regresar después –así es la guerra–,/ cada quien por su lado y como pueda”.

En un verso, ya inolvidable, dijo Sabines: “No es que muera de amor; muero de ti”. En su tercer poemario, *Río subterráneo* (Toluca, 1992), Félix Suárez reitera su emoción: “te invoco siete veces por la fe del fuego,/ siete veces también por tus olores,/ por la carne y sus dulcísimos reclamos”.

Esos dulcísimos reclamos de la carne han dictado la redacción



de los tres poemarios previos a *En señal del cuerpo* (México, 1998), libro con el cual Félix Suárez obtuvo el Premio Internacional de Poesía "Jaime Sabines" y que es, a mi juicio, la culminación de este intenso oficio poético. Aquí, la poesía de la carnalidad espiritual alcanza extraordinarios momentos: "Podríamos ser así dos muertos frescos solamente./ O un par de tibias bestias/ rendidas y acezantes./ Pero nos une la boca mutua sobre todo,/ la piel de suave espíritu agradecido,/ y los ojos también,/ los ojos nuestros,/ tan distantes,/ que han venido a mirarse aquí./ Tan desolados."

En señal del cuerpo es uno de esos libros de poesía cada vez más imposibles. Lo digo con la certeza de que, como creyera Juan José Arreola, la mayor parte de los libros y de los escritores son posibles, y la mayor parte de los poetas y de los libros de poesía son previsibles.

Félix Suárez todavía ejecuta ese insólito ejercicio de borrar después de escribir; de ir cortando y podando las yerbas malas para dejar florecer el árbol de la poesía. Al cabo de tres lustros su obra consta de un puñado de poemas. Pero varios textos de ese puñado despiertan nuestra admiración que es, como bien se sabe, el sentimiento más parecido a la envidia.

Así, por ejemplo, en su nuevo libro, Suárez ha pulido este hermoso poema, deudor de Catulo y deudor, en general, de la mejor poesía amorosa que es, también, una poesía del dolor:

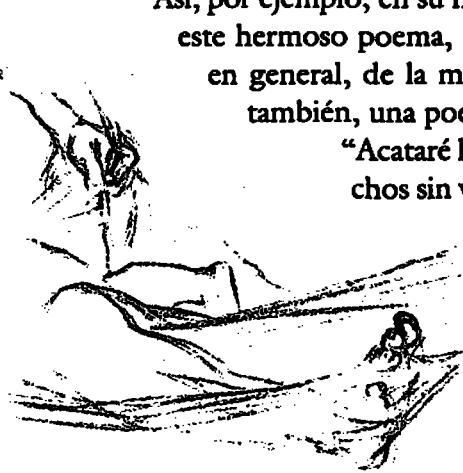
"Acataré la estricta disciplina/ y los hechos sin vuelta de mi vida./ Seré obediente a las señales únicas del cielo/ y rodaré todos los días, celosamente,/ la piedra oscura de mis actos./ Y me tendrán por manso./ Pero yo devastaré la piel/ y sorberé los huesos y los ojos/ de todos los que lleguen hasta aquí/ buscando asilo,/

de todos esos tristes penitentes/ que vienen a buscar fortuna entre tus muslos./ Devastaré sus carnes y redaños./ Después me tenderé contigo, suavemente,/ como una mansa bestia, inerte,/ y sin aliento".

Hay asimismo en este libro una espléndida "Epistolar" que se inscribe en la mejor tradición de la poesía amatoria: "Arroja tus mensajes por los quicios de mi puerta./ Escíbeme que aún vives. Que me amas./ O que me amaste un día/ y hoy no soy sino tu ropa sucia,/ tu zapatilla escasa./ Escíbeme, por Dios./ Yo guardaré en un libro/ cada línea de tu mano,/ para que en otros días,/ en lentas horas de ceniza y desaliento,/ si acaso las reencuentro por ahí,/ me alumbren al mirarlas todavía".

No es casual que un hilo conductor de este libro tenga uno de sus extremos en el *Eclesiastés*, de hecho, una buena parte de *En señal del cuerpo* se ha escrito "a la sombra del *Eclesiastés*". Un poema yo diría emblemático de la primera sección ("Abalorios") es preciso en su propósito y perfectamente solucionado en su ejecución: "Al otro lado de la puerta oigo a mis hijas./ Juegan sin consecuencia a ser adultos,/ a ser madres y esposas suaves, firmes,/ como puntal de dura piedra./ El corazón entonces me da un salto,/ porque no hay duda de eso:/ crecerán y serán madres y esposas suaves,/ y sostendrán la vida en hombros,/ y comerán del plato envenenado./ Y un día, al otro lado de la puerta,/ preguntarán -acaso-,/ si no han estado criando,/ si no han estado dando,/ huesos y carne para el dolor".

Si, como dice el Cohélet, "todo es vanidad" y "todas las cosas dan fastidio", luego de aplicar el corazón para ver en qué consiste la felicidad de los humanos, lo que sacamos en conclusión es que todo está dicho y que la obra del hombre, incluidos sus libros, queda a la espera del "juicio de lo oculto" y sólo entonces se sabrá si hizo bien o si hizo mal. A ese juicio de lo oculto se acoge el poeta verdadero, el que no cree demasiado en el éxito efímero y en la opinión del presente. La poesía es un género que está tan lejos de la ficción que a veces es, con mucho, la justificación de nuestros actos.



La poesía nace de la vida misma. Desdichados son los que andan en busca de la imaginación y la fantasía para escribir un libro de poemas. Lo dijo Neruda: "Hablo de lo que conozco. ¡Dios me libre de inventar!"

En un ejercicio de traducción íntima y de aplicación personal de las palabras del Cohélet, Félix Suárez asume para sí esta admonición del *Eclesiastés*: "Anda, come con alegría tu pan/ y bebe de buen grado tu vino./ Vive tus pocos días/ con la mujer que amas,/ y no te des a componer libros,/ que es tarea sin fin/ y apacentar de vientos".

Tarea sin fin es escribir libros. Porque los libros verdaderos se concluyen. Nos deshacemos de ellos al darlos a la imprenta, y, luego, al darlos al lector que acaso los reescribirá y que tal vez, con un poco de fortuna, si el tiempo nos perdona, los hará suyos.

Félix Suárez lo sabe: no venimos a este mundo a escribir libros. Venimos a tratar de ser felices y a tratar de encontrarle un sentido a la existencia y un delgado cauce al ancho río de la poesía. La poesía que, por lo demás, está más allá de la literatura: en las palabras pero también en los silencios, y en los lenguajes que no pueden expresarse en la página, y también en la soledad, en la desdicha, en la pasión y en la compasión, y, para decirlo pronto, en todas partes. Como bien lo afirmaba García Lorca, "la poesía es algo que anda por las calles", y a veces el poeta tiene la suerte, la rara fortuna, de atrapar una esquirla de ese rayo incandescente y nos lo pone en la página para que miremos y toquemos el fuego.

En señal del cuerpo es un fragmento de esa esquirla. Y cada poema y cada libro que ha escrito Félix Suárez para llegar a este su nuevo volumen es una quemadura por la que tuvo que pasar, una llaga ardiente, una herida abierta a la que a veces echa sal (la sal de la emoción, la sal del poema) para preguntar, y para preguntarnos, si aún estamos vivos. ○

Juan Domingo Argüelles. Poeta y ensayista. Entre sus libros se encuentran: *A la salud de los enfermos* (1995), *Animales sin fábula* (1996), *La aguas del relámpago* (1997) y *La última balada de François Villon* (1998). Entre otros reconocimientos ha recibido el Premio Nacional de Poesía "Efraín Huerta" (1987), el Premio Nacional de Literatura "Gilberto Owen" (1992) y el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes (1995).

